



ARTES, LETRAS, CIENCIAS.

DIRECTORA-PROPIETARIA: PATROCINIO DE BIEDMA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Sr. Administrador del CÁDIZ, Tipografía LA MERCANTIL, calle del Sacramento, núm. 39.
Madrid, en las principales librerías.
Correspondencia literaria: Patrocinio de Biedma Herrador, 8.

No se devuelven los originales que no se utilicen.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cádiz, un mes, adelantado . . . 2 ptas.
En toda España y Portugal, trimestre, 7
pesetas; seis meses, 13 id., un año, id. . . 25 »
En Cuba, Pto. Rico, extranjero y repúblicas
americanas, semestre anticipado, en oro. 20 »

Núms. sueltos 4 rs.—Se publica los días 10, 20 y 30.

Núm. 15.

SUMARIO.

TEXTO: Errores de educacion, por ROMUALDO ALVAREZ ESPINO.—El porvenir de Cuba, por FRANCISCO GONZALEZ DEL HOYO.—La gran causa del bello sexo, por NICOLÁS DIAZ DE BENJUMEA.—Poesías: El primer suspiro, por GRACIELLA.—Consulta, por PATROCINIO DE BIEDMA.—Contricion, por ANDRÉS CASSARD.—Versos y flores, por C. VIEYRA DE ABREU.—Tus ojos, por NICOLAS TABOADA.—A la Sra. D.^a Patrocinio de Biedma, por JOSÉ JURADO DE PARRA.—Influencia de la moda en la mujer, por AURELIA CASTILLO DE GONZALEZ.—Revista de Madrid, por SOFÍA TARTILAN.—Un carmelita, por J. M. GOMEZ COLON.—Noticias.—Anuncios.

ERRORES DE EDUCACION.

VI.

EL EGOISMO.

DICE una doctrina moral sencillísima, pero admirable, que hay dos especies de bienes; el bien *inmanente*, el bien propio, á que somos llevados naturalmente por el amor de sí y el instinto de conservacion, y el bien *trascendente*, el bien ageno, á que nos conducen el deber y la razon. No hay temor de que éste se extralimite y llegue á sofocar los desaforados gritos del primero: mas si es así, la prodigalidad tiene su límite prudencial en la justicia, y el sacrificio delirante su correctivo en la ley moral: mas en cambio, desbórdase el inmanente con tal facilidad y llega de tal modo á dominar en la vida, que no ya desoye los débiles clamores del transcendente, sino que apaga cualquiera voz que se levante para amonestarle y arrolla cualquier obstáculo que se alce para contenerle.

La doctrina moral á que me refiero aconseja la armonía de los dos, ofreciendo por ella la paz del alma y la belleza de la conducta; y expresa esa armonía diciendo, que el bien propio ha de hacerse en cuanto se concilia con el bien ageno, y este último ha de ejecutarse sin faltar por ello á lo que aquel reclama. Gran secreto el de esta conciliacion! Magnífico triunfo el de la razon sobre la vida! Santa paz la del corazon que alcanza este bellissimo equilibrio!...

Pues únicamente el *egoismo* se opone á su realizacion.

El *egoismo* es un poder absorbente y avasallador, cuya ambicion devoradora aspira al dominio absoluto y á la adoracion suprema: como tiránico, no consiente nada *sobre* sí; y como absorbente, no tolera nada *fuera* de sí; sino todo *bajo* y todo *dentro* de sí mismo. Una fuerza, una belleza, un mérito frente de sí, le irrita, le exaspera, y si al *egoismo* se une el valor, estalla la soberbia; y si se enlaza con la cobardía, asoma la envidia. La soberbia y la envidia pelean contra esa entidad poderosa que se atreve temeraria á ostentarse á su vista: la primera pelea con la fuerza y el descaro; la segunda con la astucia y la hipocresía: aquella con la espada y ésta con el puñal.

Luégo que el *egoismo* se juzga sin rival y se contempla como luz sin sombra, como despota sin conspirador, como accion sin reaccion, dirige sus esfuerzos al fin absorbente y procura que todo cuanto existe bajo de él sea tambien para él: tiene el imperio y quiere la subordinacion; tiene la obediencia y quiere la veneracion; tiene un trono y quiere un altar: porque no le basta ser un rey, sino que aspira á ser un dios.

Todo cuanto existe bajo de él, debe ser para él: el raciocinio del *egoismo* tiene una lógica terrible, pero rigurosa.—Nada hay más grande que *yo*, luégo todo debe estarme supeditado; nada es más digno de mi amor y de mi culto que *yo*, luégo todo debe amarme como me amo y venerarme como me venero.—Es un argumento con un antecedente único, un silogismo con una premisa sola é inflexible, el *yo*; la conclusion, cualquiera que sea, ha de estar dentro de la premisa; de consiguiente ha de ser devorada por el antecedente. ¿Qué importa que el antecedente sea el *yo* y la consecuencia el mundo entero? La individualidad se traga á la universalidad, cuando el individuo se reputa un *Dios*.

Obsérvese que cuando el hombre se divinizaba, la humanidad se achicaba; no puede de otro modo haber armonía; para que un hombre valga lo que un dios, es preciso que el género humano valga lo que la escala animal? ¿No

tenemos ejemplos de esto en la historia? Para que un siglo lleve el nombre de siglo de Pericles ó siglo de Napoleon, es menester que la humanidad tenga el aspecto de un rebaño ó de un mecanismo bélico, así como un ejército; para que haya en el mundo un Baltasar y un Darío, un Cómodo y un Heliogábalo, es necesario que los hombres tengan la apariencia de bueyes ó la consideracion de cosas; para que se levanten altares á la razon, es preciso que impere la guillotina, y para que el ateísmo erija cátedras, que el hombre descienda del mono. Dentro de la sociedad romana, la medida de un hombre la daban sus esclavos; y dentro de la sociedad feudal, el valor del hombre lo tasaban sus lanzas: en la edad media valia más quien tenia más siervos; en la edad moderna vale más quien dispone de más votos: un siervo y un voto son dos cosas. En la familia que dibujó Justiniano, el *egoismo* del padre hizo una sierva de la madre y unos esclavos de los hijos: y en la familia que retrata la moderna civilizacion, la mujer es un mueble de lujo y los hijos suelen ser instrumentos para la economía doméstica.

Sólo en la familia que nos trajo Cristo, el hombre y la mujer son dos mitades de un ser y los hijos pedazos del corazon de sus padres: ¿mas cuántas familias cristianas conocéis? El *egoismo* las mina y las destruye: si se entroniza en el padre, la familia es máquina cuyo motor es el hombre; la mujer es palanca, los hijos ruedas: si se anida en la madre, la familia es manicomio; el hombre es un idiota, los hijos están locos: el *egoismo* paterno produce la peripecia trágica y el *egoismo* materno, el ridículo cómico.

Y no tiene otros extremos el *egoismo*, ya se le considere en la esfera privada, ya en la pública: ó lo terrible ó lo grotesco; siempre lo deforme. La razon es muy sencilla; el *egoismo* ahueca al hombre; tiende á aumentar su capacidad, por lo mismo que en él ha de caber todo: si la fuerza elástica que lo hincha es la que corresponde á méritos reales, como el valor, la ciencia y el genio, el *egoismo* es aterrador, tremendo, altamente dramático; pero si, por el contrario, la expansion que lo

infla es producida por falsas cualidades ó viciosos caracteres, como la nobleza, la belleza, y el dinero, el *egoísmo* es impotente, despreciable y en gran manera risible. El orgullo y la vanidad; he aquí los dos engendros del *egoísmo*: el tirano *plaga* y el tirano *befa*; he aquí los dos tipos que produce; el primero impera por el terror, y el segundo por burla: al primero se sufre y al segundo se tolera: ante aquel se llora y ante este se rie. La sociedad conspira contra el que derrama sangre y es indulgente contra el que le desternilla de risa, y la familia tiembla ante el que labra su infortunio y se fastidia con el que pudiera divertirse.

Pero uno y otro viven y se desenvuelven en un perfecto aislamiento; el odio que inspira el primero y el desprecio que excita el segundo, le separan del trato de las gentes; porque sólo el amor y la estimación agrupan y enlazan; y como si esto no fuera bastante para ocasionar su soledad, el *egoísta* es miope, moralmente hablando, y la vista es un gran sentido de relación: sólo vé sus perfecciones, sólo se mira á sí mismo: el cristal en que se contempla está encantado y sólo reproduce las imágenes que le son queridas, ó más bien se mira en él á través del prisma de su propia pasión, y por eso las figuras que aquel le reproduce tienen el color y la forma que ella les presta. También es sordo el *egoísta* y también el oído es un gran medio de comunicación; pero es una sordera especial la que padece; porque tan torpe es el oído para la realidad ingrata, como fino y delicado para la aduladora mentira. Atento sólo al murmullo acariciador de su conciencia, llega á tanto la embriaguez que le producen el vapor de sus perfecciones y el néctar de las alabanzas que se tributa, que ni oye el zumbido de la general indignación, ni escucha el susurro del burlador desprecio, ni siente la picadura de la mordaz ironía, ni percibe el vivo relámpago de la odiosidad amenazadora; ántes bien suele tomar como respeto lo que es miedo, como admiración lo que es rabia, como elogio lo que es sarcasmo y como formalidad lo que es escarnio.

Tales son los inconvenientes de vivir una vida puramente subjetiva; el *egoísmo* tiene todos los peligros y vicios del éxtasis, el cual aleja al hombre de la vida práctica, y le esteriliza por completo: si cuando el éxtasis tiene á Dios por objeto es tan lamentable, ¿qué no sucederá cuando tiene al hombre? Olvidar á la humanidad por Dios, pase; pero olvidarla por sí mismo!.... Alejarse del amor al hombre por el amor á Dios, es simplemente un error; pero sacrificar al mundo y á Dios por sí, es un monstruoso absurdo: aquello es una torpeza; esto es un delito.

¿Y puede el pensamiento *yo* llenar la vida? Basta para tanto él sólo? Creemos que no: es muy hondo, pero muy estrecho; tiene todas las condiciones de un cimiento profundo, pero por sí solo inútil. El pensamiento *yo*, como fundamental, debe acompañarnos siempre para edificar sobre él la conducta, como sobre el cimiento la obra arquitectónica; no debemos, no podemos olvidarnos del uno ni del otro; pero por sí solos, ni aquel puede llenar la existencia, ni éste la construcción. Una condición de la vida, no es la vida entera; como una condición del edificio, no es el edificio completo.

Ahora bien; ¿quién nos cura del *egoísmo*? Atendamos á su origen para investigar el remedio; observemos que no sucede con este vicio lo que con otros que pueden explicarse por un triste abandono ó por una imprudente ligereza de nuestros padres; porque en la edad en que el *egoísmo* se forma, pasó la infancia y con ella los amoldamientos y las siembras paternas.

En efecto; como hijo del cálculo, el *egoísmo*

no puede aparecer hasta la juventud; y aún si entónces fuera vicio del corazón meramente, la juventud es rica en afectos para contrarrestar las influencias de esta pasión; mas su raíz está en la cabeza, y es sabido que desde esta edad, no sólo nuestra vida empieza á formarse en la reflexión, sino que empezamos por ello á ser responsables de nuestra conducta.

Obra nuestra es, pues, el *egoísmo*; nuestra su vergüenza, nuestros sus aberraciones y sus delirios: un amor propio que se extralimita, que se tuerce, que se corrompe; un instinto que se hace intencionalmente criterio único y guía exclusivo de la conciencia; un móvil que viene á ser resorte poderoso, constante y único de la voluntad; una idea que se torna en monomanía y en locura; un sentimiento, en fin, avasallador y vehemente que llena el alma, que hincha nuestro pecho y que rebosa por nuestras palabras y nuestras acciones, tal viene á ser el *egoísmo*, fruto que reverdece en la juventud y madura en la virilidad, para caer podrido con nosotros en la vejez. Una monstruosidad cruel y un contrasentido repugnante, en esa edad de la generosidad y del sacrificio; un áspid venenoso oculto en el vergel de la vida bajo las flores del amor y de la caridad, de la abnegación y del sacrificio; un fantasma tenaz que afecta nuestra propia figura y que se nos interpone cuando vamos á olvidarnos del bien propio para ejecutar el bien ajeno: tal es el *egoísmo*.

Y si es hijo nuestro, á nosotros nos toca el combatirlo y el estirarlo: ¿cómo? fácilmente; con el hábito de la generosidad y la práctica del sacrificio. Favoreciendo los sentimientos simpáticos que nos refieren á los demás hombres, cultivando las ideas expansivas que empujan nuestro interés del lado del provecho ajeno, fomentando el instinto de sociabilidad y atizando la llama de la caridad que nos colocan al lado, y á veces por bajo, de nuestros semejantes, robusteciendo la conciencia de nuestra dignidad personal y de nuestro valor moral, que nos imponen el cumplimiento de los deberes más penosos y nos hacen triunfar de nuestras pasiones en casos difíciles, y deteniéndonos, en fin, á meditar, ántes de resolver, en ocasiones graves, para llegar á la conciliación, si es posible, del propio bien con el bien ajeno; y si no lo es, al vencimiento del bien ajeno sobre el bien propio; que siempre que hay abandono de provecho material, hay en el orden de la conducta humana ganancia moral; porque la ley de las compensaciones concede ampliamente, en méritos y en gloria, lo que niega de utilidades positivas y de bienestar material.

El triunfo sobre el *egoísmo* es el triunfo de la nobleza sobre la mezquindad, de la razón sobre las pasiones, del deber sobre el cálculo, del amor sobre el interés, y de la libertad más bella sobre la servidumbre más humillante.

ROMUALDO A. ESPINO.

EL PORVENIR DE CUBA.

IV.

A PÉNAS comenzamos estos artículos y anunciamos en el primero de ellos el propósito de exponer lo que lealmente nos pareciese, acerca de las cuestiones capitales allí pendientes, como la de razas, organización del trabajo libre, inmigración de trabajadores, forma que convendría dar á la propiedad rural para entregar al cultivo los dilatados campos vírgenes ó devastados y despoblados enteramente por la guerra, y grandes obras públicas de urgente ejecución para hacer posible el aprovechamiento total y la defensa de aquel suelo en eventualidades futuras, etcétera; cuando con la mayor satisfacción y la más grata sorpresa vemos en la prensa periódica que la opinión pública en Cuba y la primer autoridad de la isla se adelantan rápidamente á cuanto podíamos imaginar,

planteando desde luego la solución de los más áridos problemas, nunca hasta hoy allí abordados de hecho, y acometiendo de frente con singular decisión empresas trascendentalísimas, como para ir en línea recta á los grandes destinos que todos columbran para nuestra raza en los dilatados horizontes americanos.

Vemos, efectivamente, con alborozo sin igual, que no se trata ya en Cuba de la inmigración de trabajadores negros ó chinos, como en tiempo de triste memoria, sino blancos, con exclusión de todo otro color. No es menester más para que en pocos años se ennoblezca allí el trabajo y se centuple la riqueza á favor de una numerosa, feliz y laboriosa población de labradores de nuestra raza, cuya superior inteligencia y cultura harán en breve la morada por excelencia de la felicidad campestre de lo que hasta hoy fué, visto de lejos ó de cerca, un triste depósito de desdichados, y trocarán en pueblos risueños y prósperos los interminables, fértiles y deshabitados campos y bosques que ocupan la casi totalidad del suelo de la grande Antilla.

Aunque tarde, por desgracia, llegan al fin los días inevitables en que la luz de la verdad proyecta alguno de sus rayos sobre la oscura mente de los pueblos; en que éstos se reconocen á fondo y se sienten como avergonzados de los pasados errores y justamente heridos por los golpes de la fortuna, viendo con claridad que esos golpes, aunque duros y terribles, eran así necesarios para el despertamiento de su razón y para traerlos por el escarmiento al sendero olvidado del bien.

Entónces es de ver cómo esos pueblos que primero opusieron un horror y obstinación invencibles á todo cambio ventajoso y moralizador en su modo de ser, se apresuran á confesar y á corregir sus vicios y á poner en práctica los remedios que ántes despreciaron, marchando resueltamente hacia el ideal de justicia y de progreso que es el fin obligado de las sociedades humanas!

Llegan, efectivamente, esos días en que sabios é ignorantes pronuncian á una voz en inmenso coro esta sentencia justísima y definitiva de todas las contiendas de los hombres y de las naciones: «¡ó corregirse ó morir!» Lo cual vale tanto como decir: «¡ó vivir en el bien y para el bien, ó resignarse al aniquilamiento y á la muerte para dejar un vacío á la justicia allí donde estaba la maldad!»

No vale, no, forjarse ilusiones traidoras, alegar derechos añejos, ó pronunciar bravatas impotentes: los días se cumplen, las horas llegan, y los hombres ó los pueblos que no supieron ó no quisieron hacer honor á su destino anticipándose de buen grado á dar satisfacción á las justas exigencias de la época, sienten sin remedio sobre la espalda el punzante aguijón que hiere siempre á los perezosos y rehacios, y se ven entónces obligados á despejar el camino ó á ganar en rápida carrera el tiempo perdido hasta ponerse á la altura de los más adelantados.

El trabajo voluntario y no la torpe pereza es quien nos guía al bienestar y al descanso: de la pereza sólo puede nacer la doble fatiga y el cansancio doble. Quien no quiere trabajar como uno, bien pronto se ve constreñido á trabajar como dos y á morir, sin embargo, en el deshonor y en la miseria; y los pueblos que no marchan un día y otro y siempre, se ven obligados á precipitarse en violenta carrera cuando el destino señala la hora, so pena de morir aplastados por los otros pueblos cuyo avance estorban.

Hay siempre algo ó mucho en nuestro mundo que nace porque debe nacer, y algo ó mucho también que muere porque debe morir. Nada aquí es eterno, todo viene y está obligado á irse en su sazón.

Nuestra vida y la vida universal de todos los seres y de todas las cosas, hasta las más abstractas, hacen de la tierra como un gigantesco teatro en el que Dios mismo parece marcar con su dedo las entradas y salidas, las apariciones y desapariciones, de las diversas cosas y figuras que se han de fijar sucesivamente sobre el colosal escenario. Las resistencias son, por consiguiente, inútiles, y las impacencias también; sólo la prudente obediencia responde cuerda y dignamente á la ley de quien lo ha hecho todo y todo lo mueve para elevarlo por vías superiores á los destinos que Él tiene señalados de antemano.

Quien pretendiera rechazar al no ser lo que está llamado á la vida, haría un papel igual al que tomara

empeño en deshojar todas las flores que esmaltan los campos en fértil primavera ó en apagar todas las luces que iluminan el Cielo en apacible y serena noche, y quien quisiera vivir indefinidamente prolongando una decrepitud absurda lograría, si lo alcanzara, ser lanzado violentamente de la vida como un estorbo enojoso, en lugar de bajar en paz al sepulcro rodeado del acatamiento y del respeto de propios y extraños.

Pero nosotros nos empeñamos con harta frecuencia en detener aquí lo que es por su esencia indetenible, ó en rechazar lo que no admite durable resistencia; y de este modo llegamos á encender una lucha suprema entre lo que debió irse y se esfuerza en quedarse á perpetuidad, y lo que debe venir y no halla fácil cabida; lucha que dura hasta que la muerte de lo viejo allana todos los obstáculos y la nueva vida logra establecerse en paz, sin oposicion alguna, sobre las ruinas inútiles del pasado.

Este caso ha llegado por dicha en Cuba en nuestros días. Tras de hondos trastornos y terribles pruebas que la han ensangrentado desde la Punta de Maisí al Cabo de San Antonio, poniendo en inminente riesgo no sólo la fortuna pública y la privada de cada ciudadano, sino la existencia misma del cuerpo social y la civilización y la cultura aportadas en 386 años de afanes por la raza descubridora; habla allí ahora todo el mundo con plena libertad de la necesidad de abolir y reemplazar la esclavitud por medio del trabajo libre para entrar con pié firme en la nueva vida y evitar la repetición de las pasadas desgracias y peligros.

Un «Círculo de hacendados,» formado espontáneamente en la Habana, pone, á lo que parece, el dedo en la llaga abordando la cuestión fundamental del porvenir de aquel país y proponiendo con sumo acierto la introducción de trabajadores blancos de las islas Canarias, á fin, sin duda, de entregarles el cultivo de los fértiles campos de Cuba, emancipar el trabajo de la mancha de la servidumbre y dignificarlo y elevarlo hasta el supremo decoro que necesita para ser la base firmísima de la propiedad, de la familia, de todos los derechos particulares y de todas las virtudes individuales y sociales; que eso y no otra cosa es, ó ha de ser, el trabajo en todos los pueblos verdaderamente civilizados que aspiren de buena fé á la felicidad, al progreso, al poder y á la gloria.

Cabalmente nos toca tratar en este artículo la misma cuestión, y ya que la encontramos medio resuelta por los hacendados de la Habana en el único sentido que puede y debe resolverse, por la inmigración de trabajadores blancos, siquiera sólo hablen ahora de los honrados hijos de las islas Canarias.

No dice, sin embargo, el Círculo con qué condiciones se propone estimular la inmigración de los canarios; hasta hoy sólo sabemos que los inmigrantes tendrán asegurado el pasaje y manutención por cuenta de aquella sociedad, á cargo, por supuesto, de futuros jornales, mientras hallan contrata para trabajar. Esto es algo, sin duda, pero no lo bastante para producir un arribo de trabajadores, tal cual se necesita para surtir de brazos abundantes la agricultura cubana.

Por lo demás los canarios serán allí utilísimos en los campos, y de ello dan buenas pruebas los muchos que hay en Cuba dedicados con fruto á las faenas agrícolas.

Apénas deben sentir ellos alguna leve diferencia en los respectivos climas por ser el de su patria bastante semejante al de Cuba, y por eso sin duda no sufren en aquella tierra sino rara vez las duras conmociones que diezman á otros inmigrantes europeos ó americanos procedentes de climas fríos.

Creemos, pues, acertadísimo el pensamiento de llevar cuantos de esos trabajadores prefieran ir allá en busca de mejor fortuna, y ojalá hubiera tantos que ellos solos bastaran para llenar todos los vacíos y para poner en cultivo las grandes extensiones que hay en Cuba despobladas. No obstante, opinamos que no bastan, ni con mucho, los hijos de Canarias, por ser éstas pequeñas y de no abundante población, para dar á Cuba veinte ó treinta mil inmigrantes cada año, número infinitamente superior á las fuerzas reunidas de aquellas islas; mientras la grande Antilla ha de reclamar todos esos y muchos más, según vaya adelantando la regeneración del país.

No son las Canarias solas, no, las que pueden poblar y enriquecer á Cuba, sino todas las provincias de la na-

ción española, y muy especialmente las del Mediodía, cuyos hijos tienen en su propia tierra un clima tan ardoroso ó más que el de Canarias, igual ó casi igual al de la misma Cuba; razón por la que han vivido y pueden vivir allí como en su patria, sin experimentar generalmente el *vómito negro* ni pagar apénas á la muerte el extraordinario y horrible tributo que satisfacen los otros españoles.

El que escribe estas líneas ha comparado repetidas veces en el ejército de Cuba la mortalidad de los hijos de cada una de nuestras provincias que fueron allá como soldados ántes de la guerra, y después de algunos años de observaciones prácticas vino á deducir: que mientras los asturianos, montañeses, gallegos, castellanos, catalanes y algunos otros suelen pagar la aclimatación con la pérdida de un 30 ó 40 por 100 de sus reclutas, los andaluces, extremeños y valencianos apénas han perdido el 4 ó 5 por 100 de los suyos, como es fácil comprobar consultando los archivos de los regimientos ó los de los hospitales militares.

Andaluces fueron los primeros compañeros de Colón; andaluces también los que llenaron las islas de la Isabela y Cuba en los años inmediatos al descubrimiento; andaluces y extremeños los que poco más tarde tripularon las famosas naves de Cortés, siendo vecinos como éste de la última de dichas islas, y arribaron con el gran conquistador á las cenagosas é insalubres playas y arenales de Veracruz, sometiendo tras de largas y fabulosas penalidades el imperio de Motezuma, sin que se desarrollara en sus filas el *vómito* ni fiebre amarilla ni otra enfermedad alguna notablemente mortífera, según puede verse en los historiadores de aquel tiempo, los cuales si dan cuenta minuciosa de los repetidos y duros combates en que iban poco á poco desapareciendo los escasos y audaces conquistadores, rara vez hablan de la muerte de algunos de éstos que no fuera debida á las armas de los guerreros indígenas.

Los andaluces constituyeron la base de la población hispano-americana en todas partes: allí están para probarlo su carácter, su genio, sus aficiones caballerizas y toreras, sus trajes, sus costumbres, sus virtudes, sus defectos, su aire resuelto, su pronunciación particular; todo, en fin, porque el mejicano, neo-granadino, venezolano, peruano, chileno, cubano, portorriqueño, etcétera, no son sino andaluces algo modificados; ó sea una continuación inmensa de la noble familia andaluza que ha extendido su sangre y su vida hasta ocupar la mitad más hermosa del nuevo mundo.

Hubo, pues, en nuestras Antillas y sucesivamente en toda la América española, durante los primeros tiempos del descubrimiento, una crecida y feliz inmigración andaluza; tan crecida y tan feliz como era necesario para implantar allí de un modo absoluto los rasgos capitales de la familia y dar el tono y asimilarse por completo en adelante todos los elementos allegados del resto de España y de Europa.

Sin duda debió ser á la sazón desconocido, ó poco ménos, el *vómito negro*, en las regiones donde hoy hace sus estragos, porque no consta, como hemos dicho, que entonces sufrieran los nuevos pobladores ninguna enfermedad de ese carácter, de lo que puede muy bien deducirse que dicha enfermedad debió aparecer más tarde, cuando la provocaron con su presencia otros inmigrantes llegados en gran número de todas las provincias de nuestra patria.

Siendo, pues, tan evidente é incontestable las aptitudes de nuestros hijos del Mediodía para poblar sin peligro los campos de Cuba, puesto que, como los de Canarias, pueden variar de localidad sin sentir apénas la diferencia de los climas, ¿por qué no volver los ojos y enderezar la voluntad de todos nuestros compatriotas hacia las primitivas corrientes de colonización americana? ¿Por qué no proteger y estimular fuertemente, á la vez que la de los canarios, la introducción de trabajadores andaluces en la grande Antilla?

Hoy por hoy sólo van á aquella tierra, no para dedicarse á la agricultura sino al comercio, bastantes jóvenes, tal vez demasiados, de las provincias más frías de España, mientras se ven muy pocos de las del Mediodía. Esto no importa en definitiva gran cosa para el porvenir de aquel país, puesto que en Cuba no escasean los comerciantes, sino que, por el contrario, sobran acaso muchos, á despecho de las numerosas bajas que hace el *vómito* en los pobres neófitos del oficio.

Vayan, pues, libremente cuantos quieran, atentos á lo que les sobrevenga, que rara vez será la ansiada fortuna; pero en tanto si no hay allí necesidad de comerciantes, la hay, y mucho, de infinitos labradores que no pueden, y, sobre todo, no deben ir al acaso de cualquier parte, sino de aquellos puntos donde sus naturales hayan recibido una preparación suficiente por la acción del clima, para desafiar el cambio sin correr mortales riesgos.

Estamos muy seguros de que los andaluces y demás hijos del Mediodía de España, lo mismo que los canarios, sobre todo si son labradores en sus respectivos países, y se hallan ya en la edad de 18 años, y por tanto endurecidos con el trabajo y tostados al influjo de los rayos solares, pueden arraigar con facilidad suma en el suelo cubano y apropiarse en breve su cultivo y las inmensas riquezas consiguientes, sin que los unos ó los otros experimenten por la aclimatación pérdidas superiores al 5 por 100; en lugar del 30 ó del 40 que morirían de cualquiera otra inmigración española.

¿Se acordarán, los que deben acordarse, de que hay más andaluces, extremeños y valencianos que canarios en el mundo, y que sólo con el concurso de los primeros es posible dotar rápidamente á Cuba de buenos y robustos labradores que á vueltas de un par de generaciones habrán aumentado nuestra raza hasta hacerla invencible, á la vez que se enriquecerán á sí mismos y harán de aquella tierra sin rival, el país más próspero y bello de nuestro globo?

Y dado de barato que se acuerden, ¿sabrán formar allá ó acá un plan de inmigración tan sabio y acabado que alcance á desvanecer todos los temores y á trocar en confianza todos los recelos, esos recelos que han nacido justamente de tristes memorias antiguas y modernas; á fin de que nuestros labradores se allanen á cambiar el misero jornal ó la pequeña y estéril propiedad, que al cabo les ha dejado vivir hasta ahora digna aunque pobremente, por otra tierra más rica, donde les espere doble ó triple salario; ó aunque sea para tomar posesión de otra propiedad más grande y de una fertilidad maravillosa, pero que les asusta á causa de la distancia y de las historias que ellos saben á medias acerca de lo que han sido los trabajadores y los propietarios en aquellos remotos climas?

Hé aquí el punto verdaderamente difícil de la cuestión. No se logra mover al hombre, y ménos si es labrador, de la tierra en que nació y nacieron sus padres; de esa tierra á que se siente adherido por atracción insensible y por lazos de cariño que forjó el trabajo y el contacto diario, más fuertes y más profundos que los que nos retienen en el regazo de madre tierna y amorosa: sin ver muy claras y seguras las ventajas que han de resultarle del cambio, puesto que él ha de perder desde luego lo que es más caro á su corazón, la dulcisima y amada patria; pérdida infinita que ha de desgarrar por siempre sus entrañas por muy feliz que lo haga la fortuna lejos de ella.

Hay, pues, que preparar de hecho con lealtad absoluta y generoso criterio las bases ciertas que es posible ofrecer desde luego á los hijos de nuestro Mediodía y de Canarias para estimularlos á ir á Cuba, cuidando mucho de prevenir cualquier desengaño y sus fatales consecuencias, fija la memoria en los fracasos no remotos de otras colonizaciones intentadas en la misma isla, como por ejemplo; en la de los gallegos que fueron allá en 1854, y que al cabo pararon en regresar á su patria después de grandes trabajos, maldiciendo mil veces la falsía de sus explotadores y su propia torpeza.

Al intentar la colonización blanca en Cuba es preciso hacer ántes tablaraza con las costumbres y tradiciones esclavistas, de todo en todo incompatibles con la natural dignidad y altivez de nuestra raza, y borrar también de paso los recuerdos de la colonización china ó asiática, que tantos días tristes ha llevado á aquel país.

Los andaluces, canarios y demás requieren para ser buenos colonos, que su presencia coincida con un nuevo género de costumbres en la manera de verificar el laboreo de los campos, de modo que puedan ellos considerarse en Cuba tanto y más honrados que en su propia tierra, si han de hacer de aquella su patria y la han de trabajar con amor, ya como colonos, arrendatarios ó propietarios, á fin de enriquecerla y embellecerla con todo género de cultivo. Esos colonos no arraiga-

rán jamás en los campos de Cuba si se persiste en someterlos al método practicado con los chinos y ensayado con los gallegos.

Cabe en lo posible que los propietarios de ingenios y otras grandes fincas, logren colocar por lo pronto en ellas un número más ó ménos crecido de trabajadores de nuestra raza, mediante el pago de buenos jornales, además del alojamiento decente, sustento abundante y asistencia médica; pero ni aún con esas condiciones estrictamente cumplidas se conformarían largo tiempo los buenos trabajadores. Estos necesitarán bien pronto la separación individual con casa aparte y terrenos separados ó deslindados para formar familias, pueblos y costumbres con arreglo á la pauta trazada en todas partes por la civilización moderna: de modo que la colonización por grandes grupos de trabajadores, viviendo en común, no podrá ser sino muy pasajera, como un puente que enlace lo pasado á lo porvenir, ó más bien como una estación de breve aprendizaje mientras los colonos conocen la tierra y ensayan las nuevas costumbres que deben prevalecer en lo sucesivo.

La verdadera y fecunda colonización de los trabajadores blancos será aquella que establezca á cada colono, á cada familia ó pequeño grupo de colonos, en terreno independiente proporcionado á sus fuerzas, para que trabajen aquella tierra como propia, estimulados á la vez por el interés personal, por la competencia y por la libertad, tres móviles que hacen ligeras las mayores fatigas y redoblan los bríos y fortifican el espíritu del trabajador, puesto que le dan la posesión completa de su persona, de su trabajo y de su dignidad.

Cuando tratemos de la forma que debe tomar en Cuba la propiedad rural para acumularla á la colonización y al cultivo por la raza blanca, exponremos las operaciones previas que será necesario practicar al instante, para no lastimar los derechos de nadie, ántes favoreciéndolos, pero ciñéndonos ahora al modo de allegar trabajadores de dicha raza, se nos ocurre de momento una cuestión de gran peso.

Dando por hecho que nuestros labradores de las regiones meridionales encuentren tan aceptables y formales las proposiciones de los hacendados cubanos que se resuelvan á dar un adiós á su patria para ir á fundar otra nueva más allá de los mares, ¿convendría que estos colonos fuesen solos ó con sus familias? es decir, ¿irían únicamente jóvenes solteros, ó podrían ir también los casados con ó sin sus hijos?

Indudablemente convendrían más los jóvenes solteros, porque nada es tan difícil como hallar buen acomodo en una vida enteramente nueva y en tierras apartadas, para seres débiles y de muy penoso manejo aún dentro de la patria, como lo son la mujer y los niños; pero con todo eso nos parecería indigno y peligroso no admitir algunos casados que estuvieran en buenas condiciones para realizar el cambio, y algunas jóvenes con sus padres ó hermanos, porque la mujer no puede ser alejada enteramente del hombre, sin que éste se embrutezca, se degrade y se pervierta.

Cierto que allí hay mujeres blancas que con el tiempo se unirían á los colonos cuando se hubiesen conquistado un modo de vivir independiente y seguro (y esa debe ser la aspiración natural y legítima de los nuevos inmigrantes), pero en tanto serían utilísimas algunas casadas al lado de sus maridos y algunas jóvenes al lado de sus padres ó hermanos para dulcificar en algo la aspereza del cambio en todos ellos; pues esas mujeres les recordarian con su presencia las amadas costumbres patrias y los mantendrían como en familia cuidándolos en sus enfermedades mientras Dios les concede la dicha de ver reproducidas aquellas costumbres en los nuevos hogares americanos, embellecidos con los hijos de su sangre.

Enhorabuena que el ciego interés y la dura avaricia propendan naturalmente á desterrar todos los instrumentos que de pronto les parezcan poco útiles ó perjudiciales para sus empresas; mas en tanto un juicio claro y desapasionado no podrá ménos de hacerse cargo de que una colonización sin mujeres no sería tal colonización sino una monstruosidad; aunque la falta de ellas haya de ser accidental y pasajera. ¿Y qué corazón medianamente sensible podría ver sin desgarradora pena á los infelices colonos de nuestra ilustre raza, por extremo social y civilizadora, trasplantados de re-

pente al centro de los valles y bosques cubanos, haciendo allí la vida sórdida y brutal del triste chino ó del rudo africano?

Convengamos en que no sería ni humano, ni acertado, ni digno, excluir enteramente á las mujeres de la proyectada colonización blanca en la isla de Cuba. Las mujeres blancas del país, ya lo hemos dicho, tardarían en estar al alcance de los jóvenes colonos, tanto como tardarían ellos en crearse alguna posición más ó ménos independiente y desahogada, y en ese tiempo vendrían á malearse fatalmente sus costumbres y su carácter; porque no hay que dudar, donde falta la presencia de la mujer, se destierra toda especie de cultura y vienen detrás el embrutecimiento y el salvajismo, ó cuando ménos la torpe y repulsiva grosería.

Proponemos, pues, que se admitan algunas mujeres entre los colonos para que les cuiden y asean al alojamiento, les sirvan de costureras y lavanderas, les preparen el alimento y los consuelen y asistan en sus enfermedades á manera de hermanas de la caridad. Acaso la falta absoluta de esas buenas é indispensables compañeras del hombre ha hecho en Cuba de los colonos chinos los seres más desgraciados y abyectos del mundo, según lo probaremos en lugar oportuno, y no debemos olvidar esa lección tristísima por lo mucho que puede valer para nuestros amados compatriotas.

Después de todo, no es bastante cuanto llevamos expuesto para promover una abundante colonización de andaluces, extremeños, etc., en la grande Antilla; tan abundante como imperiosamente se necesita para que no decaiga, sino que prospere en agricultura á través de las reformas sociales próximas á realizarse, y será preciso igualar á cuantos jóvenes vayan á Cuba y allí se dediquen al cultivo de los campos; con los hijos de Canarias y con todos los campesinos de nuestras mismas provincias que habitan en *caseríos rurales*, en cuanto á la exención del servicio militar en el ejército activo, quedando sin embargo afectos á las milicias ó reservas del país.

Otro medio no ménos poderoso y más útil quizá que ninguno para el fin de la colonización blanca en Cuba, sería el de estimular fuertemente la permanencia en la isla de nuestros soldados cumplidos y aclimatados. Con que se les ofrezca como gratificación los dos meses de haber de marcha y lo que paga el Estado por el pasaje de regreso á España, y se les instruya repetida y previamente en los regimientos, con un buen texto á la vista, de las principales operaciones de la agricultura cubana hasta familiarizarlos, siquiera sea en teoría, con el laboreo de aquellas ricas tierras, que á pocos esfuerzos pueden hacer suyas, creándose así propietarios, y propietarios acomodados, en vez de luchar toda su vida con la irremediable miseria, serían muchos, muchísimos los que se decidirían á fijarse en Cuba, viniendo de este modo á reforzar allá grandemente nuestra raza con la sangre preciosa de los más robustos de nuestros hijos.

A todo esto se nos podrá objetar una sola cosa y nada más, según nuestro juicio: y es que lo que proponemos es tan conducente al rápido acrecentamiento de la población blanca en Cuba como á la despoblación de España; pero esto no es cierto.

Más hombres nos matan cada año la ociosidad, las escaseces, las miserias y los vicios, que los que puede llevarnos Cuba, por muchos que éstos sean; y aunque se concediera por un momento alguna merma en nuestra población, no debe olvidarse que España es una nación eminentemente americana, digámoslo así, y que allá está el secreto de nuestra prosperidad y grandeza futuras, por lo mismo que de allá vino la causa de nuestra decadencia y postración actuales.

Donde recibimos el daño debemos ahora buscar el remedio, que el veneno y la triaca andan siempre juntos y Dios permite que brote de continuo el bien del seno mismo del mal.

Deséchese, de todos modos, la idea de que España adolezca de falta de costumbres racionales y de amor al trabajo, y por tanto de empleo útil para los muchos que permanecen en criminal inactividad. Estos brazos son los que deben ir á Cuba para que sean allí un elemento de poder y de riqueza en vez de serlo aquí de miseria y de trastornos. La calidad, y no la cantidad de sus habitantes, es la que hace grandes á los pueblos.

Terminaremos ya este artículo, diciendo que no existe en toda la tierra un lugar más adecuado para recibir aquellos de nuestros hijos que se nos escapan en todas direcciones, de modo que sirvan, aunque de lejos, al adelanto de su patria y de su raza, que la soberbia isla hallada por Colón en el centro del continente americano.

FRANCISCO GONZALEZ DEL HOYO.
Almería, 1878.

LA GRAN CAUSA DEL BELLO SEXO.

Decoración novena.

FUERZA es confesar que la raza femenina inglesa, si ménos viva de imaginación, brillante de fantasía y fogosa de pasiones, es en cambio más reflexiva, seria y perseverante, así en sus ideas como en sus sentimientos, y cuando esta resultante del clima no se admitiese como verdad probada, preciso es admitir que las costumbres y organización de la vida civil y doméstica hacen que las mujeres del Norte sean las ménos débiles, frívolas y afeminadas. Todo, en efecto, contribuye á dotarlas de calidades y condiciones más viriles, tanto física como espiritualmente. La frialdad del clima tiende á desterrar la holganza y la pereza, á hacer frecuente ejercicio, incompatible con esas horas pasadas por las orientales en el ocio entre ligeras gasas, á tomar alimentos fuertes y nutritivos en vez de delicadezas de manjares, á procurarse seriamente un bienestar ó defensa contra las inclemencias de los elementos ante cuyos rigores no se puede vivir como pastores de la Arcadia, en una choza de musgo en el invierno y bajo la azul ó estrechada bóveda celeste en el verano, de tal modo que un hogar con ciertas precisas comodidades, que es cosa secundaria en los países templados, se hace necesidad primera en los inclementes y fríos, y por último, hasta parece que la inconstancia y variabilidad de los fenómenos atmosféricos disponen á los habitantes á ser constantes y fijos en sus creencias y sentimientos, al revés que en los países de eterna primavera, donde hastiados de tanta monotonía, parece que buscan impresiones nuevas en su carácter voluble é inconstante, tratando de suplir lo que echan de ménos en la naturaleza.

No puede negarse que estos caracteres de la raza femenina, son exclusivamente debidos á la región en que habitan, y que la mujer inglesa los posee en alto grado. Si á esto se agrega el influjo de instituciones, leyes y costumbres sabias y discretas, bien puede creerse que todo contribuía á que más tarde ó más temprano las hijas de Albion fuesen las llamadas á sacudir el yugo que en todo el universo pesaba sobre sus semejantes. Ya hemos visto el gran paso, que los hombres, sin pensarlo ni darse cuenta de ello, dieron en su favor, concediéndoles igualdad de libertad en el asunto tan grave del destino futuro de las almas. Y digo sin pensarlo, porque el sexo feo de Inglaterra no cede á ninguna otra nación en egoísmo, y á fuer de conservador y rutinario creía en la inferioridad de la mujer, dogma de sus antepasados, y por esta parte, más lejos estaba la mujer inglesa de conseguir su emancipación que las odalisca del Serrallo del gran Turco. ¡Bonitos son estos caballeros para innovaciones! Seguro estoy de que si ahora entran por el aro ántes que Francia y que España, es porque se internaron tanto en el terreno de la libertad de conciencia, y tanto se vanagloriaron de su reforma religiosa, que el rechazar una de sus legítimas consecuencias los pondría en el mayor ridículo ante la faz de las naciones.

La protesta contra la confesión auricular y la prohibición de ceremonias, ritos y esplendor del culto católico influyeron también en gran manera en el carácter de la mujer sajona. El aparato y decoración de los templos, la música, pinturas y esculturas adornados de alhajas, dijes y trajes costosos hablan á los sentidos, pueden producir delectaciones y afeminar el espíritu grave y austero de la religión. En esta segunda parte del decorado y esplendor, aunque en rigor pensarán bien, cometieron una equivocación lamentable, que hoy, ya tarde, tratan de corregir. Esta protesta ó medida sentaba mejor en los países meridio-

nales, en los que bastaba penetrarse un rayo de esplendoroso Sol por las vidrieras del templo para dar vida al espíritu y alegría al corazón de los fieles, aunque la iglesia estuviese formada, como las protestantes, de cuatro paredes mondas y lirondas. Pero desterrar el arte donde es tan pobre y melancólica la naturaleza, no me parece *acordado acuerdo*. Pudo suceder entonces lo que sucede ahora, que los feligreses aprenden á dormir durante el servicio religioso, como hacen nuestros viejos oidores en las vistas de noveles abogados.

Otra cosa es lo del confesonario, y debo advertir, que al tratar de estas materias, no manifiesto opinion propia en contra ni en favor, sino como expositor fiel, observo y consigno los hechos y los resultados en la sociedad inglesa. Tal vez fué otro golpe *ab irato* é imprevisto el privar á la par á los hombres y á las mujeres del sacramento de la penitencia, porque si aquellos eran *esprit forts* y capaces de arreglar solos la cuenta ó el saco de sus pecados como el libro de caja de sus escritorios, por viril y fuerte que sea la mujer, debían haberla dado un término *de cortesía*. «Hoy nos emancipamos nosotros del ministerio del sacerdote en el tribunal de la penitencia; pero *sepan cuántas*, que en el término de veinte y cinco años (es un suponer) quedan las mujeres privadas de ese recurso.» Esto habría sido lógico y conducente. Lo demás es, parodiando nuestro proverbio:

Allá van ordenanzas,
Do quieren Sanchos Panzas.

Pero lo hecho, hecho, como lo escrito, escrito. A nosotros, que no podemos remediarlo, sólo nos toca ver las consecuencias que se originaron.

Las mujeres son tan amigas de perdonar, como deseadas de que las perdonen. Esto está en su naturaleza piadosa y sensitiva. No hay duda, pues, de que faltando á las inglesas el paño de lágrimas del director espiritual y el consiguiente perdón de sus pecados, se hizo más cauta y remirada en sus actos y pensamientos, creando un nuevo sentido moral de infinito valor en la vida, el sentido del deber y de la responsabilidad por sus infracciones. Más fé en la misericordia de Dios, y por lo tanto menos escrúpulos y temores de perdición eterna, que han enloquecido el sexo de muchas mujeres meridionales, las libertó de infinidad de prácticas que consumen el tiempo, y como hechas automáticamente, desatan ociosa imaginación por esferas brillantes y no siempre celestes.

Abolidas también las indulgencias, fueron innecesarios otros rezos y actos indispensables para conseguir las, quedando por una parte más desembarazadas para emplear su tiempo en cuidar del orden doméstico, y por otra con nociones más puras y exactas acerca de delincuencia y penalidad. La frágil naturaleza humana es muy inclinada á escabullirse por cualquier puerta ó resquicio que la permita paliar ó reincidir en sus pecadillos ó vicios, si hay esperanza de algun remiendo ó componenda, y la absolución y las indulgencias tienen la doble virtud de apartar á los perfectos del pecado, y habitar en él á los que no militan en el número de los escogidos. Son como aquellas medicinas que sanan ó enferman. En el *Rufian dichoso* dice el personaje Lugo:

«Y aunque peca de ordinario,
Pienso y ello será así,
Dar buena cuenta de mí,
Por las de aqueste rosario.»

A lo que responde Tello:

«¿Haces á Dios mil ofensas,
Como dices, de ordinario,
Y con rezar un rosario
Sin más, iral Cielo piensa?»

Si esto pasaba entre los hombres, natural es que la fé hiciese más hondas huellas en el ánimo de las mujeres, y que llegase á trastornar completamente las nociones de moral, porque si se arraiga en un pecho la creencia de que todas las faltas se lavan en el Jordán de una práctica devota, ¿quién pondrá dique á sus deseos ni freno á sus pasiones?

Nadie, pues, podrá negar, que todas estas circunstancias que he notado, de raza, clima, temperamento y creencias debían formar en las inglesas un tipo de carácter enteramente diverso del tipo de la mujer meridional, conviene á saber: más fuerte, menos frívola y de criterio más recto y seguro tanto por la instrucción algo más sólida de la lectura de la Biblia, cuanto

porque no había para ellas agencia sobre natural que trasformarse las nociones de culpa y expiación de lo justo y de lo injusto. Gaume en su *Historia de la Sociedad doméstica*, pretende demostrar que la reforma religiosa degradó á la familia y especialmente á la mujer, lo cual no es cierto tan en absoluto, pues hemos de ver con hechos notorios por argumentos, que la mujer en Inglaterra ha gozado de más consideración y tenido mejor suerte que en España donde se rechazó el movimiento protestante. Lo que hay de cierto es, que la constitución de la vida cívica y la formación de grandes capitales, aún conservando los principios y espíritu más puros del cristianismo, habrían producido los mismos efectos, ó sea la relajación de los vínculos domésticos. La prueba de esto es, que en Francia y en España ha habido y hay mayor relajación en los costumbres domésticas que la que se observa en la Gran Bretaña. Lo que hay de verdad también, es que en Inglaterra por efecto del desarrollo de los intereses materiales, la mujer llegó á sufrir más que en parte alguna, las consecuencias de la inferioridad á que la habían reducido las preocupaciones antiguas, resto de la ignorancia de pueblos incultos y salvajes. Si tal martirio y servidumbre son hijos de la Reforma, bien puede la mujer bendecir tal madre y tal engendro, que la han traído su redención y dignidad. Después de todo, es muy difícil tratándose de costumbres y hábitos distintos, el juzgar por encima y sin un maduro examen de lo que es degradación ó dignidad de un sexo ó estado civil, cuando tantos errores é ilusiones pueden ofuscar los juicios. Costumbres hay en una nación que se miran con indiferencia y aún se aplauden y no dejan de parecer degradante á los ojos de los extranjeros, según tendremos ocasión de ver en el discurso de estas perspectivas ó decoraciones.

NICOLÁS DIAZ DE BENJUMEA.

Madrid.

EL PRIMER SUSPIRO.

(Traducción de Víctor Hugo.)

Vive siempre feliz, amiga mía,
Y nada á turbar llegue tu alegría
Gozando tu lozana juventud:
Y adormida del tiempo en la corriente
Deja al agua marchar indiferente
Y nada sientas tú.

La dicha sobre tí tiende su vuelo
Disipa tu temor, no querrá el Cielo
Tu aurora oscurecer:
Mi ruego acoge Dios desde su altura
Y el porvenir derrama su amargura
Sólo sobre mí ser.

Quizás me veas triste arrebatada,
Mientras lejos de tí, mujer amada,
Como flor que se agosta moriré:
El mundo es á mis ojos tan sombrío
Que hoy debo abandonarte á pesar mío,
Y amarte imaginé.

El ángel del dolor vendrá inclemente
Y con sus alas cubrirá mi frente,
Entonces ¡ay! me sentiré morir.
Cuando tu afecto para mí sucumba
Yo encerrado en el fondo de mi tumba
Me acordaré de tí.

Si, pronto moriré mujer querida,
Pronto en su flor se extinguirá mi vida
Mi lira llora ya, no llores tú:
Dejaré tras de mí breve memoria,
Y si ayer contemplé cerca la gloria
Hoy veré el ataud.

Junto á la mansion santa del Eterno
Se encuentran los umbrales del Averno
Y la muerte y la vida sólo son
Fantasmas, que según la fantasía
De color ó de negro, amiga mía
Reviste la ilusión.

Sigue siendo dichosa, amiga amada,
Sin que á nublarse llegue tu alborada
Gozando tu lozana juventud;
Y adormida del tiempo en la corriente
Deja al agua seguir tranquilamente
Y nada temas tú.

GRACIELLA.

Madrid: 1878.

CONSULTA.

AL SR. D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ, ACERCA
DEL FAMOSO PLEITO DEL MATRIMONIO.

Sepúlveda y Guerrero han sostenido
Un pleito que, por fin, perdió el primero;
Nada más natural siendo soltero
Y el asunto para él desconocido.
Tengo yo para mí que á ser marido
Y práctico en el caso cual Guerrero,
Con un *distingo* salva á lo que infiero,
Lo que más que ignorancia juzgo olvido...
Olvido, sí, porque de haber pensado
En que, incentivo que al destino ayuda
Es el anhelo de lo no probado,
Hubiera dicho al discutir, sin duda:
Yo afirmo que no debe ser casado....
El que una vez lo ha sido, y envidado....

¿No es verdad? ó tú admites como ley
Lo de si el rey ha muerto, ¡viva el rey!...

PATROCINIO DE BIEDMA.

Cádiz: 1878.

CONTRICION.

Ante el altar divino y sacrosanto
Del Gran Jehová, Señor de lo creado,
Hoy humilde se encuentra, prosternado,
Un misero mortal, bañado en llanto.
Yo bien comprendo que el letal quebranto
Y el dolor que mi pecho ha desgarrado,
Proviene ¡grave error! de haber pecado
Contra el Dios, mi Señor, mi Padre Santo.
Mas, ya que pecador me considero,
Á tí acudo, contrito y afligido,
Con alma pura y corazón sincero,
Rogándote, Señor, arrepentido,
Que perdones la falta cometida,
Y no te ofenderé más en mi vida.

ANDRÉS CASSARD.

Nueva York: 1878.

VERSOS Y FLORES.

REMITIENDO UN RAMO Á UNA AMIGA.

Aunque es muy pobre el presente,
¿Qué puede adornar tu frente
Con galas que sean mejores
Que las que ostentan las flores
Que perfuman el ambiente?

La risueña primavera
Su existencia pasajera
Con las flores engalana,
Y las besa en la mañana
La mariposa ligera.

Como ofrenda de ternura
Á la Virgen, con dulzura
Manos breves, primorosas,
Tejen guirnalda de rosas
Para su frente tan pura.

Y pues tu belleza es tanta
Flores arroja á tu planta
Aunque las marchites luego
Con tu mirada de fuego
Que nos seduce y encanta,

Y el alma, á envidia rendida,
Has de ver, niña querida,
Por seguir la misma suerte,
Porque es tan dulce esa muerte
Que vale más que la vida.

C. VIEYRA DE ABREU.

Madrid, 1878.

Á C.

TUS OJOS.

Ante tu imagen que es mi santuario
Puesto de hinojos,
Con las convulsas cuerdas del arpa
Canto á tus ojos.

Ávido anhelo de tus pupilas
Esos reflejos,
Porque no he visto como tus ojos
Unos espejos.

Y así los míos por ver los tuyos
Locos deliran,
Que hasta mis ojos se tornan bellos
Si en tí se miran.

Tal vez la lumbré de las antorchas
Con ellos dañan,
Por eso el Cielo te dió por velos
Largas pestañas.

Los vivos rayos de tus carbones
Van escondidos;
Mas tengo miedo cuando me miran
Muy encendidos.

Blanca, muy blanca, pálida y virgen
Tu alma rutila
En los cristales negros, muy negros,
De tu pupila.

Y si apenas bajas tus ojos,
En mis afanes,
Creo que doblan sus hojas negras
Los tulipanes.

Trémula velas con las pestañas
Esa pupila,
Parece entonces que en las esferas
La luz oscila.

Trémula muestras de tus estrellas
La lumbré pura,
Parece entonces que ya en el Cielo
La luz fulgura,

Pródiga viertes imán electro
Tan misterioso,
Que á sus influjos agita al alma
Fuego nervioso.

Cuando tus ojos van desmayando
Muy fatigados,
Párpados bellos los acarician
Enamorados.

¡Que lindos ojos cuando los tiñe
Melancolía.....
Por verlos ahora medio dormidos
Cuánto daría!.....

La mariposa de los amores
Tu luz rodea
Mas temerosa de que la abrases
Revolotea.

¡Mágicos ojos cuando fulminen
Llama amorosa!
¡Cuánta fortuna morir en ellos
Cual mariposa!

NICOLÁS TABOADA.

Madrid, 1878.

Á LA SEÑORA DOÑA PATROCINIO DE BIEDMA
CON MOTIVO DE SU SONETO EN CONTESTACION Á V. M. Y C.

En mí no busques la mujer que halaga
Busca tan sólo la mujer que piensa;
Guarda el perfume que la flor perece.

Patrocinio de Biedma.

Digiste bien; tu noble pensamiento
—Reflejo exacto de la luz febea—
En el pecho del hombre y en su idea
Vivirá lo que viva el sentimiento.

No tu hermosura así, aunque es portento
Que de admirarlo el hombre se recrea,
Desaparece la ilusión que crea
Si desaparece tu argentino acento.

Pero la llama que tu mente agita,
Como el Sol ilumina todo el mundo
Y en todas partes vive su destello.

Por eso aunque no estes, aquí palpita
Tu pensamiento atlético y profundo,
Como fin de lo bueno y de lo bello.

JOSÉ JURADO DE PARRA.

Baeza: 1878.

INFLUENCIA DE LA MODA EN LA MUJER.

SI AMA de vanidosa y de frívola tiene la mujer, y cual si le doliese poco tan desventajado concepto, nada serio hace para borrar de su frente el ridículo estigma, limitándose á protestar entre sonrisas con frases más ó ménos discretas, que ántes revelan halago que sentimiento.

Aparte de esas causas que justifican esa triste opinion, es una de las principales y la más evidente por ser la que más hiera la vista, el carnalesco traje con que en todas las épocas y en todos los países han tratado las mujeres de realzar su belleza, no consiguiendo muchas veces más que desfigurarla.

También los hombres han vestido grotescamente: también han tenido ellos el capricho de cargarse con inmensos casacones y ostentar chalecos bordados de oro y plata. Los retratos de Luis XIV escitan nuestras sonrisas al ver su enorme y rizada cabellera que le hace parecer un maniquí de peluquero; al paso que los de Luis XV con la coleta á lo chinesco, lucen plateados bucles en una cabeza que el tiempo no se habia encargado aún de desteñir, ni habia metamorfoseado en un instante el dolor, como sucedió á la desventurada Maria Antonieta.

Pero el hombre, volviendo en sí, reforma poco á poco su traje, y á medida que le vá haciendo más sencillo, más serio, más digno, más á propósito para dejar á sus miembros toda la libertad necesaria, la mujer vá recargando el suyo y haciéndole tan embarazoso, que ha logrado quitar toda la gracia y no poca dignidad á los movimientos de su cuerpo. Los periódicos de modas han venido en nuestros días á poner el sello á la locura. La imaginación de los dibujantes es inagotable en enredar volantes, encajes y bullones, de cuyo intrincado laberinto no siempre encuentran el hilo las modistas, saliendo por donde mejor pueden.

¡Y si al ménos consultasen las mujeres sus condiciones personales ántes de adoptar la moda que les presenta el perfecto figurín de formas esculturales y preciosa cara! Figurín elástico además, porque puede á voluntad aumentar su estatura si el número de volantes lo requiere, alargar al cuello si las sargas de perlas ú otros abalorios han de ser muy abundantes, ó estrechar la cintura destacando más las caderas si así lo exige la forma *princesa*. Pero son muy pocas las que tienen el heroísmo suficiente para dejar pasar un capricho de la moda sin ostentarlo en el escaparate ambulante de su persona, como si fuera eso otra cosa que decir: «Ya veis que tengo dinero para comprar esto.»

¡Ah, desdichadas! ¿Y teneis todas la considerable fortuna que se necesita para reflejar las innumerables fases de ese maligno Proteo que llamais moda? Por el servicio que presta á las ricas y á las desocupadas, que son las ménos, proporcionándoles en qué emplear el tiempo y el dinero que les sobran y con los cuales no saben qué hacer, ¡cuántas lágrimas cuesta á las hijas de la numerosa clase media, que en vano pretenden imitar á aquellas! y cuántas más á las pobres, que llegan hasta á cercenar su ya modesta mesa y su limitado reposo para sacrificarlo todo al exigente idolo!

La moda es quizás una de las primeras causas del atraso intelectual en qué se halla la mujer, porque ocupada en el profundo estudio del figurín y en su complicada ejecución, no le queda tiempo que dedicar á la ilustración de su espíritu, y aquella viene á ser la base de sus más importantes conversaciones y el manantial fecundo de la indigna murmuración. Y los padres ven eso, y no sólo consienten que sus hijas vayan por tan torcida senda, sino que lo aprueban y lo estimulan, haciéndoles creer que lo principal en ellas es la belleza que ha de conquistarles un marido, y lo accesorio el adquirir conocimientos útiles y sólidos que puedan hacer feliz á ese mismo marido y por consiguiente á ellas. Por eso se ven tantos matrimonios de un día, porque flor de un día es la belleza, y el hombre huye hastiado de una mujer cuya hermosura le es ya familiar, y cuya estéril inteligencia no puede hacer brotar una ilusión allí donde ha muerto aquella primera que le sedujo.

Pero ¿no cabe al hombre alguna parte de culpa en el desarrollo del funesto vicio que como herencia indestructible vá pasando de madres á hijas? Yo creo que sí, y muy grande. Para agradarle se adorna la mujer, y él, al paso que censura la superfluidad de ésta, recibe con ditirámicas frases á la que en el baile se presenta más recargada con todas las extravagancias de la moda; y apenas tiene una mirada para la modesta y sensata jóven vestida sencilla y cuerdate. Y cuando aquella levanta la frente, orgullosa con el éxito que obtiene y resuelta á no dejarse arrebatar el título de elegante que le discierne el mundo, ésta baja la suya tristemente y acaso, acaso principia en ese momento el veneno de la envidia á alterar sus juiciosos pensamientos.

Y no basta, después de esto, que el hombre tienda en

el libro á desterrar la perniciosa influencia de la moda y del lujo, presentando en sus novelas, en sus poemas y leyendas las heroínas, tipos de virtud, adornadas con los atavíos de la inocencia y la pureza, y reservando los fastuosos trajes para aquellas en quienes quiere azotar un vicio. La pobre jóven que se ha visto postergada en sociedad, quizás por el hombre á quien en secreto ama, se reirá amargamente de las poéticas teorías y dejará sus modestas galas para vestir el traje de la cortesana, cayendo en la ridícula debilidad de falsificarle, si su posición no le permite otra cosa.

Luégo las que no están satisfechas de sus caras, tienen interés en que el brillo del aderezo deslumbré los ojos que se dirijan á sus desgraciados rostros, y tratan de crear una belleza ficticia que les dé opción al codiciado título de hermosas. ¡No ponen en verdad tanto ahínco en conquistar el de buenas!

Si yo no temiera predicar en desierto, aconsejaría á los padres que enseñasen á sus hijas, sin distinción de semblantes, á considerar la belleza como cosa muy baladí, hablando poco de ella y siempre con indiferencia, pues de la cuna parten todas las inclinaciones que han de influir en nuestro destino. Aconsejaría á los hombres que buscasen la belleza del alma, no á través de unos ojos hermosos, sino en un porte digno, en unas palabras discretas y levantadas y en una conducta que en todo armonizase con estas seductoras apariencias; y por último diría á las jóvenes que desterrasen de sus tocadores todas las mentiras, todo lo superfluo: los cabellos muertos, los colores químicos, los lazos que nada atan, las flores sin perfume, los salvajes pendientes, etc., etc. Un traje liso y oscuro con las proporciones convenientes para dejar á los movimientos toda su graciosa soltura; estableciendo cierta uniformidad, haría que no se concediese al adorno de la persona más atención que la exigida por el decoro, y dándose un paso hácia la igualdad social, á que todos debemos tender, se evitarían muchas humillaciones y muchas lágrimas.

Sé muy bien que hoy pierdo el tiempo al dar estos consejos, pero no dudo que más tarde, cuando la mujer alcance mayor grado de ilustración; avergonzándose de verse convertida en muñeca, reformará su traje simplificándole y haciéndole más conforme con la prudencia, con la higiene y con la dignidad.

AURELIA CASTILLO DE GONZALEZ.

Almería: Abril 1878.

REVISTA DE MADRID.

HÉNOS ya en pleno Setiembre, que tratándose de la Corte es como si dijéramos en la primavera; pues con las brisas otoñales todo aquí germina, se desenvuelve y florece. Desde que escribimos nuestra última carta, sólo ha pasado un mes y en estos treinta días el aspecto de Madrid, es tan otro que está desconocido.

La vuelta de una parte de los expedicionarios veraniegos, la apertura de los teatros, del Ateneo literario, de la Universidad central, del Fomento de las artes, la venida de los estudiantes que llenan las aulas y animan con su presencia los cafés, las calles y los paseos, los carteles de anuncios que tapizan las esquinas, el mayor movimiento de carruajes que cruzan en todas direcciones, todo contribuye á dar Madrid ese aspecto de vida y animación que durante nueve meses le convierte en el país de los sueños, en la aspiración constante de todo el que no le conoce y del que le conoce demasiado.

En los últimos ocho días la variación de espectáculos ha sido completa. A pesar de que siguen las noches siendo caurosas, los jardines del Buen Retiro se han cerrado dándose por terminada la temporada teatral y concluyendo también los conciertos. El último de abono se compuso todo de música española y los honores fueron para Barbieri, Marqués y Monasterio, mereciendo ser repetidas á instancias del público las composiciones de los citados maestros. Después se verificó otro concierto extraordinario que estuvo muy concurrido.

Cerrado el teatro del Retiro, las representaciones bufas terminaron por ahora, toda vez que el iniciador D. Francisco Arderius, ha entonado el «yo pecador» y dice que se vuelve al campo de lo serio. La primera prueba de su arrepentimiento ha sido poner en escena la obra de gran espectáculo *El hijo de la bruja*, obra que ha dado lugar á escenas bufas del género más subido. Anunciada la representación con bombo y platillos resultó después que como obra dramática era la antigua comedia de magia *Juana la rabiortona*, disfrazada de zarzuela semi-seria, con música de retazos y decoraciones y trajes de todas las zarzuelas bufas representadas desde hace algunos años, lo cual convierte la tal comedia, zarzuela ó lo que sea, en un cajón de sastre. La noche del estreno hubo de todo. Aplaudieron los amigos y la familia, y silbó el público. Tiene tres ó cuatro

decoraciones de efecto, un coro á voces solas que gusta á una parte de los espectadores y desagradan á otra, bailar en los que las *suripantas* que ahora ya no son suripantas sino señoritas coristas, lucen las formas ni más ni ménos que en *El joven Telemaco*, y con esto y hacer que aparezca en escena *Pompeyo*, un torneo de la edad media, un auto de fé, y otros excesos, *El hijo de la bruja*, ó sea el arrepentimiento de Arderius, como aquí se dice, dará algunas entradas; luego se cerrará el teatro de Madrid, para abrirse de nuevo con otra empresa que piensa dar en él funciones durante todo el invierno.

Este es el acontecimiento teatral de más importancia que ha tenido lugar últimamente. En el teatro del Retiro la obra final fué una cosa titulada *Panchita en el muelle de la Habana*, que murió en la misma noche de su nacimiento. Calcúlese como sería ella.

En el bonito coliseo de la Alhambra, la compañía italiana ha seguido y sigue mereciendo el favor del público. Nada nuevo nos ha dado desde el estreno de *Las campanas de Corneville*, pero en las obras de repertorio la ejecución es tan esmerada que nada deja que desear.

Al circo ecuestre vino una cuadrilla de velocipedistas-patinadores que ha llamado mucho la atención. Además se han presentado los originalísimos músicos conocidos por *Los montañeses de los Apeninos*, que en el extraño instrumento *La Ocarina*, ejecutan verdaderas maravillas melódicas. Estos músicos estuvieron en Madrid hace tres ó cuatro años y dejaron muy buenos recuerdos, por lo que han sido recibidos con grandes simpatías.

Los teatros que han inaugurado ya sus tareas son: Eslava, Martín, Variedades y el de La Bolsa. Las obras de apertura son de repertorio, exceptuando en Eslava que se estrenó una piececita cómica original y en prosa, de Márquez Zapata. Como el mérito principal de las producciones de este autor consiste en la magnífica versificación, sonora y elegante, la piececita en prosa que se titula *A un valiente otro mayor*, vale poco y como pensamiento carece de originalidad. En todos los coliseos últimamente citados habrá estrenos en la próxima quincena y por lo tanto cuando escribamos nuestra primera carta ya tendremos algo importante que decir sobre este asunto.

Las funciones en el Español comenzarán del 25 al 28 del corriente y no ya con la obra de D. Pedro Calderón, *La hija del aire*, según se venía diciendo, sino con una comedia de D. Juan de Alarcón *El semejante á sí mismo*. La primera obra nueva que se pondrá en escena en el clásico coliseo será un drama del joven poeta Sr. Cavestany, titulado *Grandezas humanas*, sucediendo á esta producción otras de los Sres. Ayala, Echegaray y Fernández y González.

La Comedia y Jovellanos, también abrirán sus puertas en lo que falta de Setiembre. El primero con la bellísima comedia de Breton de los Herreros *La escuela del matrimonio*, y Jovellanos con una zarzuela del maestro Barbieri. En Apolo comenzará de un momento á otro la compañía italiana á cuyo frente viene la Ristori á dar una serie de representaciones y después entrará á funcionar la compañía Vico-Morales, que se propone además de representar las obras nuevas que para Vico tiene escritas el señor Echegaray, sacar á la escena magníficas producciones hace muchos años no representadas y casi desconocidas de la presente generación, tales como *Morayma*, de Martínez de la Rosa; *Solaces de un prisionero*, del duque de Rivas; *El Duque de Viseo*, de Quintana y *Don Fernando el de Antequera*, de Ventura de la Vega. La última parte de la trilogía escrita por Echegaray, que será quizá la obra inaugural de este teatro, se titula *Los curiosos impertinentes*.

Si la experiencia no nos hubiera enseñado lo que va de las promesas á los hechos, podríamos asegurar que la temporada próxima será brillantísima en lo que se refiere á espectáculos pues desde los modestos coliseos de segundo orden hasta el grandioso teatro de Oriente, todos rivalizan en halagadoras promesas. El empresario de la Opera cuenta según dice con dos obras nuevas, una de ellas de Gounod y las dos se estrenarán antes de fin de año. Nosotros decimos: allá veremos.

El movimiento literario se retarda algún tanto porque los editores, que ante todo son comerciantes, creen que aún no ha llegado la época del *negocio*. Sin embargo se anuncia para muy pronto la publicación de un tomo de poesías del eminente poeta lírico D. Gaspar Núñez de Arce, y una nueva novela de D. Juan Valera, titulada *Doña Luz*.

La obra anunciada hace días con el título de *Historia de la ópera en España desde principios del siglo XVIII, hasta nuestros días*, escrita por el maestro Barbieri y el Sr. Carmona, se ha puesto ya á la venta. Este libro es importante bajo el punto de vista del arte, y curioso é interesante por la multitud de datos que contiene y lo concienzudamente que está escrito, lo cual no podía ménos de suceder tratándose de personas tan competentes como el maestro Barbieri, que además de ser el primer compositor español de nuestros días, tiene por el divino arte un

entusiasmo religioso. La parte literaria es elegante, de estilo conciso y claro, con acertadísimas consideraciones y prudentes consejos para el porvenir de la música y de los artistas en nuestra patria.

Desde que nos hemos metido á filósofos la literatura recreativa está mirada con indiferencia, por lo cual apenas si se publica alguna novela en Barcelona, y por lo que hace á Madrid, se pasan meses y meses sin que se hable ni aún de la reproducción de las que en otro tiempo se leían con tanto afán. Las revistas literarias son las que están á la orden del día y rara es la semana que no aparece una nueva que muere al segundo número. En fin «cada Mayo tiene sus flores» como dice el adagio y ahora que los niños son hombres á los diez años y ancianos á los veinte, no es de extrañar que no gustemos de perder el tiempo leyendo obras de imaginación.

Aquí damos por terminada esta carta porque comenzáramos á salirnos del carril.

SOFÍA TARTILAN.

Madrid 15 Setiembre, 1878.

UN CARMELITA,

POR

J. M. GÓMEZ COLÓN.

(CONTINUACION.)

V.

De rodillas en un mullido cojín, los cruzados brazos en un reclinatorio, y los ojos fijos en una imagen del Crucificado, oraba el Nuncio de S. S.

Estaba la suntuosa alcoba alumbrada por una lámpara de plata que pendía del techo: su luz, dando de lleno en el magnífico Cristo de marfil sobre recamada cortina de terciopelo rojo, dejaba en una casi oscuridad lo restante de la vivienda.

El rico lecho de adamascadas cortinas carmesí, acabábase de dejar el venerable prelado que en aquellos momentos hacía su plegaria matutina.

Por los balcones pugnaban por entrar los crepúsculos del Alba, sin embargo de oponerse pesadísimo cortinajes. Púsose el Nuncio en pie y tiró del próximo cordón de una campanilla.

Inmediatamente entraron en la estancia un criado vestido de negro y un sacerdote de sotana, llevando este último una gran cartera de tafilete verde debajo del brazo.

El criado colocó silencioso sobre maqueada mesilla una jicara de china con chocolate, una blasonada bandeja de plata con bizcochos, y un hermoso vaso de cristal de roca lleno de purísima grasienta leche.

El criado se retiró.

El Nuncio se arrellenó en su sitial, arrimó la mesita, y ya se disponía á saborear su desayuno, cuando el sacerdote inclinándose, interrumpió con una voz sumisa y respetuosa:

—Señor....

—Hablad.

—Un hombre envuelto en una capa, con el vestido enlodado en lo que de él puede verse, con un semblante cadavérico, y unas miradas magnéticas, está ahí en la antesala, solicitando hablar con V. E.

—¿Y qué quiere, de donde viene, quién es?

El Nuncio había mojado en el chocolate el primer bizcocho.

—No lo ha dicho.

S. E. llevando la sopa á la boca:

—Pues entonces...

—Imagino, señor, por su galoneado sombrero, y algún otro pormenor, que es palaciego, y viene de palacio.

La sopa próxima á entrar en la boca de S. E., cayó al plato, á propio tiempo que el Nuncio se alzaba de la poltrona como si poderosamente le hubiesen galvanizado.

—¡Dios mío! ¿Le habrá acontecido algo al Sr. D. Carlos? Pronto, decid á ese hombre que entre.

Y dió algunos pasos hacia la puerta.

Un hombre embozado entró; echó una mirada en derredor como para cerciorarse de que no había testigos; tiró la capa al suelo, y dejando ver un rico uniforme manchado de sangre y lodo, se arrojó á los pies del sobresaltado Nuncio, abrazando sus rodillas.

—Hablad, hablad. ¿Ha pasado algo á S. A?...

—No señor.

—A....

—No señor, á nadie sino á mí. ¡Oídme por Dios en confesión!

Respiró el Nuncio como si se librara de una angustia suprema; y se sentó en el más próximo sillón, con un semblante de indulgente benevolencia.

—Os escucho.

Dijo: y apoyó su venerable cabeza en la mano del anillo.

Arturo, de rodillas, hizo su confesión.

El color, ya pálido, ya encendido del rostro del prelado hartó bien denunciaba las distintas sensaciones por las que aquel conmovido corazón pasaba, según el relato del penitente seguía agitado y tumultuosamente.

Se llegó al fin.

Hubo un momento de silencio; de doloroso y angustioso silencio para Arturo.

Al fin descendió con la fórmula canónica la solemne absolución.

El guardia, sollozando, se bajó hasta besar los pies del para él bondadoso prelado.

—Alzad, hijo mío. Os creo, y vuestras lágrimas, me garantizan vuestra sinceridad, me revelan vuestra contrición.... Allí, á los pies del Redentor, orad y pedirle con fervorosa fé, que os escuche en el terrible trance en que os mirais.

Arturo se arrastró hasta la imagen de Cristo, y oró pegando su frente al alfombrado pavimento.

Contempló el Nuncio, y meneando tristemente la cabeza, salió de su estancia con la majestad de un pontífice.

El chocolate quedaba olvidado.

La campanilla no se agitó.

Cosas muy graves debían de suceder.

VI.

Acababa Fernando VII de ocupar la magnífica mesa de su despacho.

Nadie más que él había en aquella célebre suntuosa estancia.

Sentado el Rey con negligencia, tenía la cabeza apoyada en la mano derecha: su enflaquecido y nublado rostro denunciaba el padecimiento y la preocupación. Miraba una porción de papeles esparcidos: con la mano izquierda arrugaba distraído un pliego timbrado.

Se oyeron tres discretos golpes en la puerta.

Fernando agitó una campanilla de oro.

Un gentil-hombre se presentó:

—Señor, el Nuncio de S. S.

Frunció el Rey el entrecejo, como S. M. católica sabía hacerlo cuando no disimulaba su disgusto. Moviéndose la cabeza, asintiendo.

El gentil-hombre salió.

Presentóse el Nuncio, y sin inclinarse, se adelantó grave é imponente hacia la mesa de despacho.

Levantóse el Rey, y salió al encuentro.

Pareció entonces como que el Nuncio bajaba la cabeza un tanto respetuoso.

Fernando tomó con algo de precipitación la mano del prelado, y la besó con impaciencia.

El Nuncio echó su bendición, y se sonrió maliciosamente.

—Este católico beso, dijo para sí, me dice que el Rey que se vá, sigue necesitando del apoyo de Roma para la familia que se queda.

Ni aún mentalmente se llamaba *Reina* á la Reina.

—Nuncio, madrugais mucho.

—Señor, no tanto como V. M.

Y esto lo decía el prelado por haber visto el pliego que el Rey había poco que estrujaba, no tanto que no descubriese el timbre reconocido inmediatamente por el bueno del diplomático.

—Teneis alguna cosa que anunciarme?

El Rey no tuteaba al Nuncio de S. S.

—Sí señor, algo desagradable.

El Rey palideció ligeramente.

—¿Venís del cuarto del infante?

Y como si no hubiese en Madrid más de un infante, contestó el Nuncio:

—No, señor.

Se sentó entonces el Rey con marcada indiferencia, é hizo señas al Nuncio para que ocupara un taburete allí inmediato.

El prelado lo hizo sin ceremonia.

—Os escucho.

—Señor, anoche un Guardia....

Clavó los ojos el Rey en el rostro del Nuncio, y tomando con violencia aquel rugoso papel estrujado hacia poco, interrumpió:

—Sí, un guardia que ha abandonado el zaguante estando de servicio. Asunto es ese del Ayudante de semana: ya instruye con actividad el sumario correspondiente; y cuando me traigan la causa, no vacilaré en hacerle quitar al culpable la bandolera y que le ahorquen en la plaza de la Cebada para escarmiento de traidores. Al fin es preciso un ejemplar en ese turbulento cuerpo que se llama de mi persona, y va, sin embargo, descaradamente á besar la mano de majestades imaginarias.

El Nuncio, impasible, guardó silencio; pero había en su fisonomía algo de burlón, que ni se avenía con el respeto, ni se acomodaba con aquella conferencia donde se trataba de la vida de un hombre.

Un tanto impaciente el Rey, preguntó:

—¿Qué queréis?

—Señor, nada. Vengo, según creo, á prestar á V. M. un servicio, con el celo que acostumbro en todo lo que pertenece á los reyes católicos de España.

—Hablad.

Y los ojos del Rey se fijaron con más insistencia en los del Nuncio.

—En la calle de Segovia, esquina á la Huerta de Ramon, hay una casa habitada por dos coristas del teatro: allí, se ha dado esta noche muerte de una estocada á... un hombre, que todavía permanece ignorado de la justicia, habiendo desaparecido de la casa las mujeres que la habitaban.

—Y bien.

—Ese hombre muerto es un gentil-hombre de V. M....

—Su nombre.

—Ese gentil-hombre llevaba consigo unos importantes papeles... pertenecientes á V. M....

—Esos papeles, Señor Nuncio, esos papeles.

El Nuncio volvió á sonreírse como cuando el beso de la mano; pues aquel Señor en boca de un Rey como Fernando, era una súplica: más que una súplica, una angustia real.

—Esos papeles, señor, se me han entregado por el Guardia deserta en acto de solemne confesion, á propio tiempo que una espada.

—Pero....

—No me pertenecen, señor, pertenecen á Dios.

Iba el Rey á replicar algo blasfemo, pero se contuvo y se mordió los labios.

—Bien, lo que pertenece á Dios en el tribunal de la penitencia, no debe el mundo saberlo.

Aquello era una especie de pacto.

Pacto entre un Rey y un semi-soberano.

No faltaban sino las condiciones.

—Señor, creo tener valor para cumplir en todas ocasiones con los sagrados deberes de mi ministerio; pero no es el secreto sólo mío; es débil la humanidad; flaca la naturaleza....

—Bien, ¿qué queréis para el Guardia?

Se entraba de lleno en las condiciones.

—Su perdon.

—Concedido. Que vuelva á ocupar su puesto ántes del relevo: pediré lo que hubiese actuado el Ayudante; diré haberle dado permiso para ausentarse, y de este modo, áun á costa de mi dignidad y conciencia, pues que miento, deberá ese atolondrado vida y honra á los buenos oficios del virtuosísimo Nuncio de S. S., á quien venero.

El Nuncio se inclinó, no por el cumplido, sino por el invocado nombre de S. S.

—El Guardia, señor, se ha acogido á la iglesia.

—Y bien.

—Su perdon lo ha menester sólo su conciencia, que por lo demás....

—Ayudará, interrumpió el Rey con mal contenido desagrado por el tan altanero recuerdo del sagrado, ayudará á la iglesia en lo de tranquilizar conciencias tan timoratas.

Y fué tal la intencion con que el Rey pronunció aquello de *tan timoratas*, que á poco estuvo de descomponerse el Nuncio y replicar una inconveniencia.

Pero aquel prelado era un verdadero Nuncio: sabia dominar dominándose; y se dominó.

Fernando tomó un papel timbrado: escribió rápidamente y firmó.

Aquel era un precioso autógrafo.

Alargó el escrito el Rey al Nuncio: éste le tomó; y eludiendo las gracias:

—Os debo, señor, unos detalles.

E inmediatamente se ocupó en minuciosos pormenores. Escuchólos el Rey con más curiosidad que interés.

Cuando el Nuncio terminó, dejó el Rey su asiento, y el Nuncio también.

Aquella conferencia habia terminado, y el Nuncio dejó la estancia real.

Llevaba el sacerdote un perdon del Rey: quedábase el Rey con un odio más para el Nuncio.

Esta es la vida, *mentir* favores para merecer venganzas reales.

Inmediatamente de salir el Nuncio del despacho del Rey fué llamado por éste el capitán de sus Guardias, á quien dió una orden breve, concisa y terminante.

A poco dejaba el Nuncio el cuarto del infante D. Carlos: salió el príncipe á la puerta misma de la galería á despedir al prelado.

Cuando S. A. le besó la mano, revelaba tal satisfaccion la cara del hermano del Rey, y tal malicia la del Nuncio, que no podia ménos por ello de comprenderse, como por un arte bien sabido en los palacios, el servicio llevado á la cámara del Rey, se habia venido al cuarto del infante.

(Continuará.)

NOTICIAS.

Ha fallecido en Antequera el señor D. Matias Romero, padre del señor Romero Robledo, ministro de la Gobernacion. Enviamos á nuestro distinguido amigo el pésame por la desgracia que lamenta, acompañándole en su dolor.

Ha llegado á Cádiz, de vuelta de su viaje á los baños de Santa Agueda, nuestro querido amigo D. Bernardino de Sobrino, presidente de la *Liga de Contribuyentes*. Le felicitamos por su feliz viaje.

Nuestro estimado colega *El Defensor de Cádiz*, ha sido absuelto libremente y sin costas por el tribunal de imprenta en la denuncia que sobre él pesaba, por el artículo titulado *Recuerdos y esperanzas*.

Damos la enhorabuena á nuestro apreciable colega por tan feliz resultado.

Han visitado nuestra redaccion la revista *El Consulado Español* y el *Boletín de Beneficencia* de Barcelona. Agradecemos el recuerdo.

También nos ha favorecido, y nos es igualmente grato, nuestro apreciable colega mejicano *Las clases productoras*.

Nuestro distinguido colaborador y amigo D. Fernando de Leon y Castillo, ha tenido el sentimiento de perder á su señora madre. Nos asociamos á su justo dolor.

La Sociedad de cuartetos de Cádiz dará seis sesiones, en las que tomarán parte los Sres. Jimenez y Gil (1.º y 2.º violín, alternando), Jimenez y Rives (1.ª viola alternando) Rodriguez Seoane (2.ª viola), Castro (violoncello), con el concurso desinteresado de D. Alejandro Otero y de la señorita D.ª Milagros Gautier, que alternarán al piano.

La primera sesion tuvo lugar el Viernes 27 de Setiembre, en los salones de la Real Academia de Santa Cecilia, siendo su programa el siguiente:

1.º—Cuarteto en *re mayor*, óp. 64, Haydn (instrumentos de cuerda).

1.º Allegro moderato;

2.º Adagio cantabile;

3.º Minuetto allegretto;

4.º Finale, vivace.

2.º—Gran trio en *la menor*, óp. 155, Raff (piano, violin y violoncello).

1.º Quasi á capriccio—Allegro agitado;

2.º Allegro assai;

3.º Adagietto;

4.º Larghetto; allegro final.

3.º—Gran septimino arreglado en quinteto, Beethoven (instrumentos de cuerda).

1.º Adagio;

2.º Allegro con brio;

3.º Adagio cantabile;

4.º Tempo de Minuetto;

5.º Tema con variaciones;

6.º Scherzo;

7.º Andante y Presto.

La animacion que reinó en el primer concierto, augura un éxito completo á los distinguidos artistas.

En el teatro Principal se han inaugurado el Domingo con muy buen éxito, las funciones de abono que piensa dar la compañía que dirige el señor Albarran.

El Sábado 28 tuvo lugar en nuestra Redaccion la reunion de los primeros 25 socios de la *Federacion literaria* para acordar la Junta Directiva de la provincia de Cádiz, resultando elegidos por unanimidad los Sres. siguientes:

Presidente.—Ilmo. Sr. D. Cayetano del Toro.

Vicepresidente.—D. José M. Gómez Colon.

Tesorero.—D. Francisco Rodriguez Blanco.

Censor.—D. Alfonso Moreno Espinosa.

Bibliotecario.—D. Enrique Moresco.

Secretario.—D. Juan de Vicente Portela.

Vocales.—Ilmo. Sr. D. Antonio Alvarez Jimenez.

D. Francisco de Dolarea.

D. Enrique Diaz Rocafull.

Ha propuesto el Sr. Rocafull, la Sra. D.ª Patrocinio de Biedma, que ya es por acuerdo de la Junta central Presidenta efectiva y vitalicia de la *Federacion*, fué nombrada Presidenta honoraria de la Junta de Cádiz.

Concurrieron los Sres. socios cuya adhesion hemos hecho constar en el Cádiz, y se recibieron avisos de quedar unidos á la sociedad los Sres. siguientes:

D. José Franco de Teran.

D. Enrique del Toro.

D. José del Toro y Quartiellers.

D. Miguel Aguado.

D. José Calatrigo.

D. Ramon Leon Mainez.

D. Antonio Giorla y Marzan.

D. Antonio Giorla y Marchante.

D. José Ruiz y Ruiz.

D. José Sartou.

D. Luis de Abarzuza.

La Junta acordó reunirse en breve: rogamos á los señores que quieran ser socios, envíen su aviso á la Redaccion del Cádiz, ó bien á los Sres. que componen la Junta.

Ha llegado á Cádiz de vuelta de su viaje al extranjero el Sr. D. José de Abarzuza, presidente de la *Sociedad dramática gaditana*. Le felicitamos por su feliz viaje.

Ha fallecido en Villacarrillo, provincia de Jaen, la Sra. D.ª Soledad G. de Zuñiga, apreciableísima por sus virtudes y que ha de ser muy sentida por hallarse unida con lazos de parentesco á las más distinguidas familias de Andalucía, á las cuales enviamos nuestro más sentido pésame.

El Sr. D. José del Toro que no pudo asistir á la reunion de la *Federacion literaria* por hallarse enfermo, envió por escrito su incondicional aprobacion al acuerdo que se tomase, y lo mismo el Sr. D. Juan de Pol, Jefe económico de la provincia, que celebraba una reunion sobre asuntos de estadística á la misma hora, y le fué imposible asistir.

OBRAS DE PATROCINIO DE BIEDMA.

El Héroe de Santa Engracia, poema épico.

Guirnalda de Pensamientos, poesías.

Recuerdos de un ángel, elegías.

Dramas íntimos, episodios en verso con la biografía de la autora.

NOVELAS.

Blanca.

Cadenas del corazon.

El capricho de un lord.

Sensitiva.

La botella azul.

El testamento de un filósofo.

El odio de una mujer.

El secreto de un crimen.

Las almas gemelas.

La flor del cementerio.

EPISODIOS.

¡Dos minutos!

Desde Cádiz á la Habana.

Una historia en el mar.

Fragmentos de un álbum.

Habiendo pedido varios Sres. Suscritores muchas de estas obras, y estando agotadas las ediciones de ellas, se vá á proceder á hacer una nueva, que las coleccionará en tres grandes tomos. Los Sres. que quieran ser suscritores, tendrán la bondad de avisarlo así, para que figuren sus nombres en la lista que irá al final del último tomo.

Cada uno de ellos costará 10 pesetas: los Sres. Suscritores sólo abonarán por los tres 25.

No se exigirá el importe de suscripcion hasta que empiece á repartirse el primer tomo.

Dirigirse á Patrocinio de Biedma, Herrador, 8, Cádiz.

ANUNCIOS.

VAPORES CORREOS



DE A. LOPEZ Y COMPAÑÍA.

Para Puerto-Rico y Habana

De Cádiz, los 10 y 30.—De Santander el 20, tocando en Coruña el día siguiente.

Más informes de los Agentes en Cádiz, A. Lopez y Compañía.

OBRAS DE LA SEÑORA DOÑA PATROCINIO DE BIEDMA.

En Cádiz librería de Morillas, San Francisco 36; Revista Médica, plaza de San Agustín, 4 y 5: en Madrid en las principales librerías.

CADIZ: 1878.

TIP. LA MERCANTIL

DE D. JOSÉ RODRIGUEZ Y RODRIGUEZ, editor.

Sacramento 39, Bulas 8.